

DISCURSO

del señor bachiller don Alberto Zuleta

Monseñor:

Vasto y hermosísimo campo que se ofrece a mi estudio y atrae poderosamente mi espíritu es vuestra labor intensa y multiforme como pensador, como educador y como apóstol; vuestra obra literaria espejo de prosa noble y pura, limpia y discretamente armoniosa, dechado de sólida y majestuosa elocuencia; vuestra obra científica, prodigio de claridad, portento de erudición, que en vos no ha sido obstáculo para un amplio desenvolvimiento de vuestras poderosas facultades de investigación y de análisis y en que habéis sabido aunar la elevación y belleza de las ideas con la pulcritud y galanura de su expresión, pues según lo dijisteis alguna vez, con suprema elegancia, «no debe la sabiduría, a semejanza del antiguo Diógenes, vivir cubierta de harapos y habitar en el fondo de un tonel»; empero, para decir de tan grandiosa labor de ideas, habría menester de extraordinaria capacidad de síntesis y de honda penetración crítica, por lo cual sólo quiero evocar en esta noche ante el clarísimo concurso que os presenta un homenaje sincero de admiración y de reconocimiento, la alta significación y trascendencia de vuestra acción educacionista, que constituye vuestra mejor presea a la admiración nacional, por ser la más noble y relevante cualidad de vuestro sér intelectual: la lleváis en la sangre y está fuertemente arraigada en vuestro nobilísimo corazón por vocación enaltecida y generosa.

En esta institución gloriosa en que habéis concentrado la intensidad de vuestra obra educadora se formó vigorosamente durante las sombras coloniales el pensamiento colectivo: despertó la conciencia de nuestro propio sér; determinóse una saludable transformación espi-

ritual, base de posteriores evoluciones políticas y su acción fecunda—martirio y sacrificio de sus hijos—que lo fueron epónimos de la República—culminó con la afirmación de la individualidad colombiana.

Reflejo más tarde de la atormentada existencia nacional y ensombrecida a veces por espíritu que ataca y arruina las bases de toda educación formal, sus gloriosos tiempos han revivido bajo vuestra dicción que hace de ella un elemento poderoso de cultura patria, de influencia perdurable en el desarrollo intelectual del país, cuya grandeza futura debe esperarse de la juventud que de estas aulas recibe la savia espiritual.

Para ella marcáis una orientación intelectual provechosa y fecunda; rumbos ideológicos generosos y sanos le señaláis en vuestros avasalladores escritos, y en la cátedra, con la elocuencia y el prestigio de vuestra voz magistral, que como la del venerable maestro, en inmortal evocación del pensador uruguayo «tiene para fijar la idea e insinuarse en las profundidades del espíritu, bien la esclarecedora penetración del rayo de luz, bien el golpe incisivo del cincel en el mármol, bien el toque impregnante del pincel en lienzo, o de la onda en la arena» (1).

Bien habéis comprendido que un pueblo, todo debe esperarlo de la educación de la juventud, base de la eficiencia colectiva, renuevo vigoroso de sangre en su organismo, elaboración de fuerzas para el porvenir; pero para que ella produzca los resultados provechosos a que está naturalmente destinada, requiere una dirección que, como la vuestra, abarque lo moral y lo intelectual: el cultivo de la mente, perfeccionamiento y desarrollo de las facultades morales, que según el concepto expresado por Caro en su bella oración a los

(1) V. E. Rodó—*Ariel*.

alumnos del Espíritu Santo «en todo sistema de educación que no sea anárquico o absurdo, el saber y la virtud fraternizan y mutuamente se completan, siendo la armonía entre uno y otro el bello ideal del mundo de las almas.» Preciso era que los sentimientos religiosos informaran vuestra obra y constituyeran un principio sustancial en esta institución educadora. Habéis consagrado la vida al ministerio de Dios y al apostolado del bien, y se halla nuestro claustro bajo la bienhechora protección de la Madre de las madres, sobre cuya excelsitud habéis disertado muchas veces con la pompa y galanura de Fray Luis de Granada.

Religiosa ha de ser toda educación; ya lo dijo un un alto ingenio español nutrido en las páginas irreligiosas de Renán: «Dejar para el domicilio la enseñanza religiosa y en la escuela no encontrar más que doctrinas en que se mutile la realidad de la vida humana haciendo abstracción de toda idealidad piadosa, es desconocer el principio fundamental de la educación intelectual y sus relaciones con la educación ética y estética» (1). E informado por las divinas enseñanzas ha de ser todo sistema educativo acorde con la naturaleza de un país, que como el nuestro, se haya fundido con su ideal religioso, como lo dijo de España otro ingenio peninsular esclarecido: Angel Ganivet (2).

Inspirado en estas ideas y para sentar una base sólida de perfeccionamiento moral e intelectual en la juventud, restablecisteis la educación filosófica, en armonía con las enseñanzas cristianas, en otro tiempo pospuestas por doctrinas heterodoxas, que envilecen y degradan el espíritu. La filosofía domina la marcha de las sociedades humanas y preside sus destinos; puede con esto darse una idea de los incalculables resultados

(1) Clarín.—*La religión y la enseñanza.*

(2) *Idearium Español.*

que ha tenido para el alma nacional esa magna obra de restauración. Y buena prueba de la poderosa influencia que ejerce en la mente humana una bien dirigida educación filosófica la tenéis en los togados de la Facultad de Jurisprudencia, por vos restablecida, que han sabido ilustrar el foro nacional con las enseñanzas en estas aulas recibidas, asentadas en más firme estructura filosófica. La religión y la filosofía, armónica con ella, son indispensables en la escultura de una conciencia; en su modelación definitiva.

Al proclamaros la nación agradecida, hace cinco años, como insigne restaurador espiritual del Instituto de Fray Cristóbal de Torres, en apoteosis grandiosa, sin precedentes en los fastos del profesorado colombiano, señaló como uno de los más nobles aspectos en la magnitud de vuestra labor el haber levantado de la postración en que yacían las disciplinas clásicas, que constituyen una línea de separación entre el caballero y el salvaje, al decir de un escultor inglés (1). Pretender que se prescindiera de la educación literaria es querer mutilar lo más noble y elevado del ser humano, que reclama siempre algo que satisfaga y dignifique las facultades del espíritu.

Es asombroso ver cómo escritores que aspiran a dirigir y encauzar el pensamiento hispano-americano proclamen la necesidad de una reforma educacionista en sentido exclusivamente utilitario con prescindencia de todo elemento idealista como base de una regeneración continental; quienes así piensan olvidan que alejar el humano espíritu del cultivo de las bellas letras es impedir un desarrollo armónico de sus facultades, las cuales forman un sistema en que no puede haber regularidad y armonía sin el concurso de cada una; no se puede para-

(1) Macaulay—Cita de Caro.

lizar fibra, una sola fibra del alma, sin que todas las otras enfermen, según lo expresa el insigne humanista don Andrés Bello en su discurso de inauguración de la Universidad Chilena.

No creo necesario encarecer la importancia del estudio de las lenguas latina y helena, base de las clásicas enseñanzas, para penetrar en el alma portentosa de esos pueblos que aún viven como fuente inextinguible de inspiración el uno, y el otro como principio esencial de las instituciones que aún rigen la vida de la humanidad; y su trascendencia considerable en las disciplinas jurídicas, en la cultura mental y en el perfecto conocimiento de nuestra lengua nativa, uno de los factores educativos de mayor eficiencia, puesto que sintetiza el genio y constituye la savia de una raza.

Es uno de los más culminantes caracteres en nuestro espíritu de educador el saber avivar en el alma de los educandos el culto de la patria. Con soberana elocuencia habéis pregonado las glorias de Colombia y proclamado en la sagrada cátedra que «el amor de la patria es virtud y es deber imperioso de moral, y de moral cristiana.» Habéis exaltado los días épicos de la república y los que a nuestro claustro vinculan gloriosamente a páginas imperecederas de la historia, encendido el corazón en entusiasmos generosos y gallardos, iluminada la mente, inflamada la sangre que palpitó en las venas de heroicos luchadores. Alentando la llama sagrada del amor patrio en el espíritu de la juventud sentáis una firme base de engrandecimiento nacional. Con razón pudo decir el eminente y malogrado pensador colombiano Carlos Arturo Torres, al precisar la trascendencia de los sentimientos patrióticos, que «en la sociedad mundial de los pueblos una nación puede medir el derecho que tiene a la consideración y al respeto de las demás no tanto por la imposición abrumadora de

su entidad o el exponente de su potencia material cuanto por los grados de capacidad de amor a ella que se acendran en el corazón de sus propios hijos. Ante el criterio superior de la razón un ciudadano de Ginebra tiene mayor derecho a enorgullecerse de su patria que no un súbdito del Czar de todas las Rusias, y Grecia afirma en la historia una virtualidad civilizadora que el mayor de los imperios no ha poseído jamás. El sentimiento de amor patrio debe pues cultivarse, según el insigne autor de *Idola Fori*, como elemento moral de eficiencia irrecusable, como factor de fértil realidad en todo empeño encaminado al desarrollo de las fuerzas vivas de un país» (1).

Al restaurar la portentosa fábrica en que se nutrió la mente y se modeló el espíritu de la juventud colombiana por espacio de dos siglos, cuando fue ella destruída por fuerzas naturales implacables, quisisteis que la integridad de su sér moral se revelara en aspecto exterior del majestuoso edificio, digna culminación de vuestro diligentísimo esfuerzo, que tuvo lo que llamaría Santiago Pérez el prestigio de la dificultad: en su severa elegancia guardan armoniosa proporción las exigencias de nuestros días con el aspecto tradicional inconfundible y necesario en esta fragua de la nacionalidad colombiana. Y esta circunstancia tiene un alcance simbólico: en el espíritu del claustro es un rasgo fundamental y distintivo el consorcio, armonioso y feliz del presente con la veneración y el culto del pasado. Por eso imperan los modernos sistemas educacionistas, sobre firmes bases tradicionales en este que habéis calificado de organismo vivo capaz de crecimiento y perfección.

Ha de corresponder en todo corazón honrado y noble, la intensidad del agradecimiento a la magnitud de los

(1) *La Estatua del Precursor.*

dones recibidos; no siendo posible tributaros una manifestación que tenga caracteres de grandiosidad, dignos del generoso sentimiento que la anima, os presentamos esta noche, en forma tan sincera como modesta, un homenaje de cordial veneración y de cariño respetuoso al interpretar, sinceramente conmovido, la vehemencia y el calor de esta adhesión a toda prueba, encuentro mi espíritu aturdido y confuso, hallo las palabras de significación menguada y pobre, desprovistas de fuerza expresiva, incapaces de reflejar la intensidad y nobleza de los sentimientos que bullen en nuestros espíritus y alientan nuestros corazones.

En este día que marca un nuevo jalón luminoso de vuestra intensa jornada, hacemos al Supremo Señor votos muy sinceros para que premie la austeridad y nobleza de vuestra vida con una prolongación fecunda para la república, para las humanas letras y para este claustro, hogar de nobilísimos afectos y albergue generoso de nuestra vida espiritual.

